



COSITAS ANTIGUAS

Por Carlos Robreño

LA HABANA ALEGRE

Siglos y siglos llevan moralistas y hombres de ciencia tratando de erradicar de la corteza terrestre, aunque sin lograrlo, desde luego, un vicio que es tan viejo como la creación del universo y que esgrime como su mejor razón de perduración la carencia de otras soluciones que no provoquen la protesta airada de toda la población masculina en estado de soltería.

Distintos métodos han sido empleados para conseguir su total exterminio desde el pasaje bíblico de Sodoma y Gomora hasta aquella campaña persuasiva que se desató sobre nuestra capital, bajo el régimen machadista, llevando hasta las bodegas de un buque transporte anclado en bahía a numerosas pecadoras oriundas de extrañas tierras. En resumen, aquella labor de regeneración tan anunciada no dió los resultados esperados a no ser en el aspecto nacionalista. Los templos del amor tarifado continuaron en pie. Sólo cambiaron las sacerdotisas. Fueron, desde entonces, naturales del país.

También en otros países se ha pensado en una reglamentación, como sucede en España y en México en que el Estado, aunque con espíritu higienista, concede licencias a las que quieren ejercer este comercio de la misma manera que el detallista paga la patente de alcoholes. También aquí en Cuba un día se quiso llevar por cauces legales tal función y en tiempos de Zayas, un jefe de policía realizó un minucioso censo para luego obligar a cada una de las empadronadas que se mudaran a pisos altos y en la puerta de la calle colocaran un farolito rojo. La orden fué cumplida al pie de la letra y a las pocas semanas, La Habana, de noche, con tantas pequeñas luces de dicho color, daba la sensación de una ciudad a la cual le hubiese brotado el sarampión.

Y desde luego, no ha faltado en todas las latitudes el experimento de dedicarle sectores urbanos especialmente habilitados para semejante población y aquí en La Habana, a principios de la República se estableció en un barrio cercano al puerto y que en otra época fué considerado aris-

tocrático, una zona dentro de la cual a Venus se le tolerasen ciertos excesos. Las calles de Damas, Picota, Paula, Desamparados y sobre todo, San Isidro, fueron prontamente invadidas por un pintoresco conglomerado integrado por algunas mujeres que ya habían envejecido algo en el ejercicio de tan equívoca profesión, durante los últimos años de la colonia en sus conocidos domicilios de la calle de la Bomba y en la primera cuadra de San Miguel y ahora iban a formar causa común con unas cuantas provincianas, blancas y de color y un nutrido contingente de mujeres extranjeras: italianas, españolas y sobre todo, francesas.

Esa llamada "zona de tolerancia" indudablemente ofrecía una nota de colorido, de colorido chillón, pero colorido al fin, dentro del ambiente apacible de aquella Habana de principios de siglo.

La estrecha vía de San Isidro, no diremos que podría competir en movimiento comercial con la amplia Quinta Avenida newyorkina, ni con la angosta Rue de la Paix parisina, pero sí aseguramos que a altas horas de la noche, el ir y venir por ambas aceras de un abigarrado conjunto humano que miraba a ambos lados, con expresión singular, como si buscara en alguna de las imaginarias vidrieras que a cada puerta parecía ofrecerse, la mercancía que fuese de agrado, producía un confuso bullicio que se aumentaba con los silbidos y amables frases femeninas, los disparos de los "tiros al blanco", las notas estridentes de la gaita, las monorrítmicas de un organillo o las desafinadas de un piano de los innumerables cafés cantantes que había en cada esquina. Mientras, el vigilante de posta insistía, repiqueteando con el club sobre el pavimento, en que todo el mundo siguiese su camino.

En aquel ambiente de orgía no era extraña la disputa, la riña y hasta la tragedia. Y aún los mismos encargados de cuidar el orden chocaban entre sí, como sucedió en ocasiones frecuentes entre policías y soldados del Ejército permanente, institución bélica creada en tal época para poder compensar en el terreno militar las pugnas políticas que sostenían José Miguel Gómez y Alfredo Zayas.